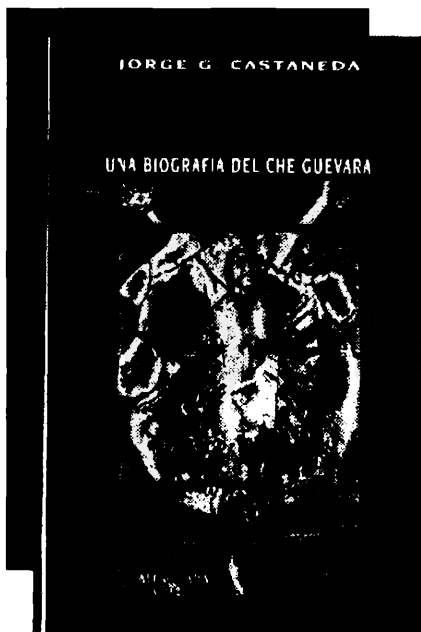


## Rincón del libro

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ Y LUIS ALVARENGA

Castañeda, J., *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*. México, Alfaguara, 1997, 559 pp.



Nuestra época, lejos de ser la del “ocaso de los ídolos”, más bien, es la de su resurgimiento. Con todo, no cualquiera está llamado a erigirse en un ídolo para las generaciones de fin de siglo, pues para serlo se tienen que cumplir una serie de requisitos, algunos de los cuales deben ser, en verdad, extraordinarios. En México, *El subcomandante Marcos*, por ejemplo,

fue todo un héroe para grupos importantes de los sectores medios. Pero, le faltó algo para ser un verdadero ídolo de la clase media latinoamericana y de la juventud rebelde europea.

A Marcos, pese a su *look*, su arrojo, valentía, rebeldía y, por qué no, su sensualidad, le faltó la prueba última del héroe consumado, le faltó la prueba de la muerte, mas no de cualquier muerte: de aquella que cierra coherentemente el ciclo vital del que se arriesga, sufre y se sacrifica a lo largo de su vida por un ideal noble y humanizador. Esa es la prueba de fuego, la plena concreción de la opción vital que se ha tomado. Antes de la muerte, hay otras salidas —otras alternativas—, es posible incluso la traición al ideal. Con la muerte, si esta sobreviene como consecuencia del compromiso que se ha asumido, se confirma el verdadero talante del héroe, que en adelante ya no puede dejar de serlo.

En vistas a este requisito, no hay mucho dónde escoger. Varios de los que se consideraron héroes en el pasado, o bien no tuvieron una muerte absolutamente coherente con su vida, o bien fueron proclives a las traiciones más bajas que, cuando se descubrieron, dieron al traste con su pre-

tendida heroicidad. Sin embargo, no todo es vileza y traición en la vida de los humanos. Entre ellos, hay algunos que pueden alcanzar grados extremos de entrega y compromiso con los ideales de justicia e igualdad al punto de arriesgarlo todo —y arriesgar a quien se pusiera en el camino— en la lucha por su conquista. Uno de estos seres humanos ciertamente excepcionales fue Ernesto Guevara de la Serna, conocido a lo largo y ancho del mundo como el “Che Guevara”.

Su vida, sus opciones, sus dilemas y sus promesas han sido magistralmente registradas por Jorge Castañeda, en su libro *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*. Con la obra de Castañeda nos es posible escudriñar al hombre y al mito, lo que efectivamente fue e hizo y lo que se le atribuyó posteriormente. Sin nostalgias de ninguna especie, pero tratando de dar cuenta en toda su complejidad de la vida de una las figuras más influyentes y atractivas de la izquierda latinoamericana, el autor de la *Utopía desarmada* (1993) nos enseña que las opciones de Ernesto Guevara no siempre fueron *sus* opciones y que una cosa fue la vida efectiva de Guevara y otra la vida que, *post mortem*, le crearon la publicidad cubana y quienes, influidos o no por ésta, se proclamaron sus herederos y continuadores.

El 9 nueve de octubre de 1967, el teniente del ejército de Bolivia, Mario Terán, disparó seis tiros a quemarropa al comandante Che Guevara. En cosa de segundos puso fin a su vida casi de inmediato. Con este hecho, suce-

dido en la escuela de La Higuera, no sólo llegó a su fin la experiencia diseñada por el gobierno cubano y el Che para implantar en Bolivia un foco guerrillero, sino que también se cerró el ciclo vital del hombre Ernesto Guevara y se inició el ciclo del mito «Che Guevara», que alcanzó su apogeo a fines de los años 60 y que en la actualidad ha resurgido con gran fuerza, pero como una moda más, entre las zapatillas *Nike*, los cigarrillos *Marlboro* y la música de Shakira.

En La Higuera, murió Ernesto Guevara, el argentino que conoció en México a Fidel Castro y su grupo en 1955, justamente cuando los cubanos se preparaban para zarpar a Cuba e iniciar la lucha revolucionaria contra Batista. En la selva boliviana murió el hombre que tenía como uno de sus lemas vitales el darse entero a la causa que fuera —la amistad, los juegos, los paseos—. Este hombre fue el que se sumó a las huestes de Fidel Castro, primero como médico y después como combatiente. Es él el que, luego de una serie de azares benéficos, se erige como héroe en la batalla de Santa Clara, a fines de 1958, lo cual le permite colocarse a la par de Raúl y Fidel Castro en la conducción del proceso revolucionario, a partir de enero del año siguiente. Ernesto Guevara se convirtió, en los primeros años de la revolución cubana en el tercero de a bordo. Como Director del Banco Nacional de Cuba y como Ministro de Industrias hizo, durante los primeros años del triunfo revolucionario, lo que quiso. Entre otras cosas, fue de los primeros

—junto con Raúl Castro— en avizorar el rumbo socialista de la revolución.

Según cuenta Castañeda, Ernesto Guevara hizo todo lo que estuvo en sus manos, no sólo para radicalizar las medidas revolucionarias —especialmente aquellas que alertarían al gobierno de Estados Unidos—, sino que forzó un acercamiento de la isla con la Unión Soviética a la espera de que ésta apoyara, sin cortapisas, el proceso cubano.

El desencanto con la URSS no tardó en llegar. La crisis de los misiles (1962) fue una de las tantas pruebas que tuvo el comandante rebelde de hasta dónde podía llegar el compromiso soviético. A ello se sumó el malestar por lo que aparecía en el horizonte como unas nuevas relaciones de dependencia en la isla, esta vez con el bloque socialista. Problemas menores como la forma más adecuada de gestión económica se fueron acumulando en el desempeño de Guevara como burócrata del gobierno revolucionario. La URSS exigía sujeción absoluta a sus decisiones, fueran en la dirección que fueran. Raúl Castro estaba de acuerdo; Ernesto Guevara, no. Fidel Castro —el maestro de la ambigüedad— no respaldaba a Guevara, pero tampoco cuestionaba a su hermano Raúl.

A partir de la crisis de los misiles, en Cuba se fueron haciendo necesarias las posturas intermedias, moderadas, las concesiones no sólo entre los actores domésticos, sino entre el gobierno cubano, la URSS y Estados

Unidos. El comandante Guevara no estaba preparado ni ideológica ni personalmente para eso. Ideológicamente, estaba seguro de que no había alternativa para el desarrollo autónomo de los pueblos latinoamericanos (y la humanidad) que el socialismo, el cual exigía una lucha total, frontal y permanente contra todo aquello que tuviera algo que ver con el capitalismo. A ello se sumaba su apreciación (que lo acercaba a los chinos y a los trotskistas) de que en la URSS se había traicionado el espíritu de los padres del socialismo; para Guevara ello se expresaba en el escaso compromiso internacionalista de la Unión Soviética y en la vigencia en su economía de la ley del valor (y, por ende, del mercado). En lo personal, sus actitudes eran lo más contrarias a las concesiones o los pactos intermedios, sobre todo si eso significaba la renuncia a aspectos considerados sustantivos.

En este contexto, Guevara se fue quedando solo. Fidel Castro no lo llamaba al orden, pero tampoco lo apoyaba. La huida no se hizo esperar. En 1965 se viajó al Congo a apoyar a los grupos que luchaban por la independencia, siendo la expedición un total fracaso. La experiencia congoleña, lejos de amainar sus ímpetus revolucionarios, los alienta, sólo que en adelante su interés se volcará a la creación de un foco en Argentina.

Desde que volvió a Cuba, no sin antes vencer grandes resistencias internas —pues se había prometido no volver a la isla—, esta fue su princi-

pal meta. Fidel Castro y su equipo comandado por *Barbarroja*, Manuel Piñeiro, quieren otra cosa: lo quieren salvar de una muerte segura en Argentina, para le crean una salida alternativa, el establecimiento de un foco en Bolivia, desde donde pueda moverse (según le hacen creer) a su país natal.

En la óptica de la dirigencia cubana, el comandante Guevara tiene que pasar un buen rato en las selvas bolivianas; esas son las instrucciones que dan a sus agentes en este país. Los dirigentes comunistas bolivianos, aunque no aceptan la lucha guerrillera en su país, no se oponen a la idea de que se establezca un grupo insurgente que luego se desplace hacia la Argentina. Cuando caen en la cuenta de que la iniciativa avalada por los cubanos va para largo, en ese momento comienzan a bloquear el apertechamiento del grupo de Guevara, comenzando por la ubicación donde se instalaría la guerrilla: si inicialmente era un lugar más acogedor para los insurgentes, el Partido Comunista Boliviano adquiere un terreno lo más agreste posible. Allí se instalan Guevara y los suyos; allí encuentran la muerte, diezmados por el hambre y la enfermedad, sin haber despertado el mínimo interés popular por la lucha armada y derrotados más por sus debilidades que por la capacidad militar del enemigo.

Guevara fue colocado por sus amigos, quizás sin intención expresa, en una ratonera de la que difícilmente podía salir con vida. Quería ir a

Argentina, pero le prepararon todo para ir a Bolivia; creía que estaría de paso en este país, pero todo fue planeado para que se asentara por un largo tiempo. Sin embargo, estos planes no se cumplieron a cabalidad, pues el lugar escogido para ello no garantizaba la sobrevivencia de la expedición.

En fin, se sucedieron una serie de planes, cambios de planes, buenas intenciones y malas intenciones, fidelidades y traiciones, en todo lo cual el comandante Guevara poco tuvo que ver. Esto desembocó en el fracaso más brutal. Lejos de toda pose noble o heroica. Cuando Guevara es atrapado está convertido en un guiñapo, sucio, con el pelo alborotado, descalzo. Esa así como está cuando le asesantan los disparos que terminan con su vida. Así murió Ernesto Guevara de la Serna.

A partir de aquí nació el mito del Che Guevara. Ante todo, por obra y gracia de sus asesinos, quienes, luego de acabar con su vida, prepararon el cadáver y lo colocaron en una batea en una pose que le dio al Che un aire de santidad propio de los mártires. Como señala Castañeda, "despejaron su rostro, ya sereno y claro, y le descubrieron el pecho diezmado por cuarenta años de asma y uno de hambre en los páramos del sureste boliviano. Lo tendieron luego en la batea del hospital de Nuestra Señora de Malta, alzándole la cabeza para que todos pudieran contemplar la presa caída. Al recostarlo en la lápida de concreto, le desataron la cuerda con que lo

maniataron durante el viaje en helicóptero desde La Higuera, y le pidieron a la enfermera que lo lavara, lo peinara e incluso le afeitara parte de la barba rala que portaba. Para cuando comenzaron a desfilar los periodistas y los vecinos curiosos, la metamorfosis ya era completa: el hombre abatido, iracundo y desaharrado aun en vísperas de su muerte se había convertido en el Cristo de Vallegrande, reflejando en sus límpidos ojos abiertos la tranquilidad del sacrificio consentido” (p. 21).

El mito comenzaba a hacer su recorrido. Su esencia era la vida de entrega absoluta a la causa de la justicia y la muerte valientemente recibida (hasta con satisfacción) por esa causa. El Che Guevara se convirtió, así, en *el hombre nuevo* por excelencia. Podía haber compromisos revolucionarios de diverso tipo, pero nunca como el que había realizado el Che: su vida entera había sido íntegramente entregada a la revolución y los sacrificios exigidos por esa causa fueron recibidos con devoción y estoicismo por el guerrillero heroico. La publicidad cubana hizo lo suyo para engrandecer este mito que recién comenzaba a calar en la conciencia de distintos sectores de la sociedad latinoamericana.

El Che no sólo había recibido con satisfacción, siempre y en todo lugar, los sacrificios que imponía la lucha revolucionaria, sino que su vida entera había sido un ejemplo de coherencia, decisiones atinadas, recta, sin los conflictos que afectan a la mayor parte de los seres humanos y, sobre

todo y ante todo, de un apoyo absoluto a Fidel Castro y al proceso revolucionario cubano.

Es decir, el Che no sólo fue convertido en el hombre ideal —honorable, moral, disciplinado, sin conflictos, siempre fresco—, sino en un apóstol de la revolución cubana, en su guardián desde lo alto de los cielos. Y lo mejor, el Che había nacido, como eso que la mitología cubana propugnaba, en la revolución: era un gestor de la misma, a la vez que un fruto. Todos los revolucionarios tenían que emular al Che en todo... también en su apoyo absoluto a Fidel Castro. Si Ernesto Guevara (el hombre) se había vuelto incómodo para Castro, el Che Guevara (el mito) fue su gran aliado para legitimar los virajes de la revolución cubana hacia la sumisión a la Unión Soviética.

Animados por la propaganda lanzada por los cubanos para afianzar el mito del Che Guevara, las clases medias latinoamericanas —especialmente los sectores estudiantiles— llevaron hasta sus habitaciones y aulas escolares las fotografías y afiches más gallardas de aquél. No pocos emularon su compromiso guerrillero y pagaron con la cárcel o con sus vidas el compromiso asumido con el mito. Ellos o quienes los sobrevivieron cayeron en la cuenta de que el sufrimiento o la muerte nunca —salvo quizás por los santos— pueden ser recibidos con alegría y buena disposición. En Europa también prendió el mito del Che, cuando en las revueltas estudiantiles de finales de los 60 se lo tomaba como un símbolo de

la contestación juvenil hacia el orden establecido. El Che pasó a ser, a contrapelo del estratega militar que fue en realidad o el partidario de la economía planificada que cuestionaba a la URSS por su exceso de mercado, el eterno joven rebelde, desgarrado, enemigo del poder y de las costumbres tradicionales.

Las revueltas estudiantiles pasaron, y la afición por el Che Guevara fue desapareciendo en Europa y Estados Unidos hasta casi apagarse en los años 80. En América Latina, si bien los 70 la figura del Che Guevara todavía prendía entre la juventud, en los años 80 también se fue opacando. En Cuba todavía pervive el mito, pero como un motivo más de las celebraciones oficiales cubanas, aunque sin generar la algarabía de los años posteriores a su muerte. A finales de los años 80, todo parecía indicar que el mito del Che Guevara, como tantos otros mitos, estaba en camino de desaparecer en aquellos círculos que tradicionalmente lo hicieron suyo: la izquierda armada (ahora desarmada), los jóvenes inconformes con el orden establecido y los comunistas cubanos.

La sorpresa en los 90 fue que el mito volvió a resurgir. Y no precisamente en aquellos círculos que fueron, en el pasado, proclives a reclamarse sus herederos. Tampoco re-

surgió en un sentido contestatario. Resurgió —el Che seguramente se revolvió en su tumba, si es que no fue incinerado— como una moda en el sentido más banal del término. En estos momentos, son los jóvenes latinoamericanos y europeos los que consumen camisetas, cinchos, llaveros, carteras, bikinis... con la imagen del Che. Pero lo hacen porque es de buen gusto —en gustos no hay nada escrito— usar una prenda con el rostro de ese buen mozo (con estrellita en la boina y todo) que fue Ernesto Guevara, a quien le decían Che Guevara. Después de todo quizás el mito ha desaparecido o, en todo caso, está siendo devorado por esa fiera —el mercado— a la que el Che se enfrentó con todas sus energías.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

#### FE DE ERRATA

En el índice del número anterior no aparece consignado el ensayo *¿Es adecuada, para la justicia global, la concepción política del "consenso sobrepuesto"?*, de Karl-Otto Appel, que está en la página 275 de la mencionada edición. Rogamos tomar nota.